

De alguna manera, el impersonal protagonista de estos relatos es Chile, y la tesis que con justicia se desprende acerca de su destino histórico de país determinado esencialmente por el océano, estriba en que sus conseguimientos están muy por debajo de sus posibilidades. Se han omitido pasos, dilapidado energías y equivocado rutas.

Aunque discutibles, las conclusiones de Enrique Bunster son inteligentes, bien intencionadas y eficaces en el sentido más gordo.

«DE CUÁN LEJOS VIENE EL TIEMPO», de *Mario Bahamonde*. Ediciones Grupo Letras, Antofagasta, 1951.

No hay duda: Mario Bahamonde es escritor, pero debe eliminar a menudo la ganga del énfasis y el retorcimiento.

Son cinco relatos de la pampa. Nos quedamos con el último, «El silencio sobre la tierra», tremenda gesta de un puñado de cateadores a quienes el medio aspérrimo enloquece y mata. Vale por el libro. Aquí han disminuído los discursos habituales con que Bahamonde pregona la dureza y desolación infinita del Norte, mientras pueden recaudarse expresiones en que el alma misma de la zona del nitrato anda con felicidad.

«El silencio sobre la tierra» perfila seres con carnadura. Nos conmueve su destino trágico, lo que no suele ocurrirnos con personajes de los cuatro cuentos restantes, que nos saben un tantico a falsos.

«De cuán lejos viene el tiempo» es la discreta estación central entre los relatos del chileno Coloane en «Cabo de Hornos» y «La Vorágine» del colombiano Rivera. Los seres sufren determinismos brutales en

todos tres: el marítimo austral, el metálico pampino y el de la manigua.

El castigo vigilante dará mayor naturalidad a Bahamonde. Si acalla su lirismo expletivo, nos entregará de la pampa mensaje enérgico,

«CANTOS DEL ENCUENTRO», de *Angel Pizarro*, poemas. Ediciones Continente, 1951.

Caso raro de un nuevo poeta y—como siempre—trae la rudeza dulce del agro, cuya «piel morena» le «hace nacer, aquí, bajo la lengua un jugo espeso y caliente como un jugo de miel».

¿Cómo no reconocer la rural prosapia: Hesíodo y Homero, Teócrito y Virgilio, La Fontaine y Juvencio Valle, de Rokha y Neruda? Lo sencillo y doméstico adquiere de pronto el tono trascendental de la poesía madura: «las manos que maceran los racimos dejan una uña traviesa en el corazón de los borrachos, cuando se bebe por la lluvia o por un hijo».

Los aciertos melódicos y onomatopéyicos son frecuentes y asombran por su conseguida hechura: «el río, lleno de ombligos verdes y de ruidos semeja en invierno baquetas con que el alud redobla. Tambor para la risa de las aguas embriagadas de tempestad». Sensual y recio, sabe percibir y expresar con fuerza, como asimismo proyectar la sustancia rica de lo humilde.

Desde Gonzalo Rojas, Angel Pizarro es lo más interesante, a pesar del prurito de redención social que en oportunidades le perjudica junto con algunos influjos nerudianos.